

 Seix Barral

Julie Buntin

Marlena,
una amistad peligrosa





Julie Buntin
Marlena,
una amistad peligrosa

Índice

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

OMISIONES

SEGUNDA PARTE

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MICHIGAN

NUEVA YORK

MARLENA

AGRADECIMIENTOS

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

Para Kelsey y Lea

Presentaré mi informe como si narrara una historia,
ya que de niño me enseñaron, en mi planeta de origen,
que la Verdad es cuestión de imaginación.

URSULA K. LE GUIN,
La mano izquierda de la oscuridad

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK

Dime lo que no puedes olvidar y te diré quién eres. Apago las luces de mi departamento y ella se acerca con la oscuridad. El ojo del tren se abre dentro del túnel y allí está ella sobre las vías, su pelo rubio meciéndose. Empieza a sonar una de nuestras viejas canciones y me pierdo en medio del pasillo de los cereales. A veces, ya entrada la noche, mientras me peleo con la llave frente a la puerta de mi departamento, mis ojos encuentran mi reflejo en el espejo del corredor y la veo, esperando.

Marlena y yo estamos en la camioneta de Ryder. Esa mañana, mientras él seguía dormido, ella tomó las llaves del bolsillo de sus pantalones. La primavera explotó de manera gloriosa y estúpida; llegó el verano y traemos chancas de farmacia, el cabello salado pegado a las sienes y aliento a cigarro, protector labial de cereza y vino de ayer. Me quito a patadas las sandalias, estiro las piernas sobre el tablero y pego los dedos de los pies contra el parabrisas, como siempre lo hago cuando estamos sólo Marlena y yo. Ryder dice que arruiné su auto, que las manchas no se quitarán, pero no me importa. Marlena pintó mis uñas, con mi pie sobre su muslo. Su color: anaranjado alerta máxima.

Las ventanas están completamente abiertas. La brisa arranca el cabello de mi cola de caballo y lo arroja en desorden contra mi rostro, de modo que todo lo veo roto. Estamos de camino a la playa para pasar un día normal. Para contener la respiración debajo del agua hasta que nuestros pulmones rueguen por aire. Para perder el aliento ante el

golpe seco de alguna ola contra nuestros vientres y para llenarnos la boca con la espuma amarga de cervezas robadas de hieleras desatendidas. Seguiremos el movimiento del sol con las sombras de nuestras toallas y nos pasaremos las mismas dos revistas una y otra vez hasta que la luz se hunda en el agua. Cuando nos marchemos, desenterrando nuestros pies de la arena fresca, estaremos insoladas y después afiebradas.

Estamos jugando a ser dos chicas con secretos nimios, que escuchan a Joni Mitchell a todo volumen. Cada estrofa es un mensaje que escribió sólo para nosotras. Canto tan fuerte que Marlena no puede oírse a sí misma; me dice que me calle, me dice que estoy haciendo que le duela el cerebro. Pero en este recuerdo, simplemente canto más fuerte.

Marlena oprime el acelerador y el auto sube por la gran colina de la carretera sin salida que lleva al lago. El velocímetro brinca; pasamos de los ochenta y ocho, el límite en las vías rurales, a ciento doce en menos de un minuto. El auto se llena de aire, tan fuerte y violento que mi cabello golpea mi cuello y ya no puedo oír la música. Mi voz se quiebra y pongo los pies sobre el piso. Trato de subir mi ventana, pero Marlena la bloquea desde su lado. Cuando voltea a verme, sonriendo de oreja a oreja, siento que el vehículo se desvía hacia la cuneta y las llantas levantan una lluvia de grava. Regresa bruscamente al pavimento y la aguja del velocímetro tiembla antes de pasar los ciento treinta y seis. La cola de caballo de Marlena ya prácticamente no existe y me pregunto si puede ver, si quizá no se percata de que ya vamos a ciento cuarenta y cinco y que debajo del viento hay un nuevo olor, amargo y caliente; los órganos de la camioneta en combustión. Aceleramos más y más. Me río un poco y le digo que vaya más lento, y segundos después que le baje de una puta vez, y cuando no me contesta le grito que está loca y me está asustando y que me quiero bajar del maldito auto y que vamos a morir, por favor, que nos va a matar, con un carajo. Ya a ciento sesen-

ta, subimos volando por otra colina, el coche rugiendo. Cuando llegamos al tope, las llantas se levantan del pavimento, y cuando aterrizamos me estrello contra la guantera y me detengo con el antebrazo. No frena y lucho por ponerme el cinturón de seguridad. El lago Michigan, de azul Caribe y con destellos de luz, aparece frente a nuestras caras. Estamos a menos de un kilómetro de la bajada, del estacionamiento, del camino a la playa.

No va a detenerse, y por un segundo siento algo ajeno, una rabia formada a partes iguales de hambre y temor. *Hazlo*, pienso, *hazlo*, y siento el estómago en la garganta pero estoy harta de ser la que dice *no, ten cuidado, detente*. «¿Y si me sigo de largo?», grita. Más tarde me percató de que probablemente estaba muy drogada, porque eso debe haber sucedido por la época del frasco farmacéutico de oxycodona de cuarenta, pastillas que afloran en mi recuerdo de ella como un rasgo adicional; sus ojos, las puntas enmarañadas de su cabello sucio.

Ahora el lago es más grande que el cielo. Después de que nos hundamos, ¿cuánto tiempo me tomará patear la ventana del copiloto, mis chanclas flotando por el techo del auto, mi cuerpo hambriento de aire? Marlena no sabe nadar bien.

Pero entonces, apenas a unos metros de la bajada, empezamos a detenernos. La camioneta serpentea de lado a lado de la línea divisoria, inclinándose sobre la cara externa de las llantas. Nos detenemos con un temblor y un chirrido. Salgo impulsada hacia adelante; el cinturón de seguridad se encaja en el espacio entre mis senos. Los faros tocan la reja de tablas que marca el punto en que el terreno desciende un empinado medio kilómetro hasta la medialuna de playa pedregosa. El auto suspira, su motor emite chasquidos de alivio. Estoy a punto de llorar, con el pulso a todo galope, y la odio porque lo sabe.

—Oye, vamos —dice Marlena, pero le cuesta trabajo respirar y se tarda demasiado en hablar—. ¿En serio crees que

dejaría que te sucediera algo malo? —Un reguero de ronchitas, del tipo de las que le salen cuando está ansiosa o emocionada, se esparce desde su clavícula como un rojo y delicado encaje por los tendones de su cuello hasta su quijada. Coloca las uñas sobre mi rodilla y abre los dedos, formando un pequeño círculo que envía escalofríos por todo mi cuerpo.

Quiero escupirle de lleno en la cara. Quiero alejarme tanto de todo lo que me ha hecho hacer y de todas las maneras en que he cambiado, que por un instante es posible y casi lo hago. Pongo las manos debajo de las piernas para que no vea que me tiemblan, y miro fijamente el desodorante para auto en forma de pino; se agita como si todavía estuviésemos en movimiento.

—Cat —dice.

No es una pregunta. Adoro este salvajismo. Lo ansío. ¿Por qué cuando algo dentro de mí pregunta si vale la pena arruinar mi vida por él, oigo *no*?

Parpadeo fuerte hasta que las lágrimas desaparecen. Cuando me río, agitando la cabeza, ella ríe también y esa cosa horrible entre ambas desaparece, excepto por una esquirla indestructible que se queda conmigo para siempre. Agarramos del asiento de atrás las bolsas de plástico llenas de botanas y caminamos por la bajada hasta la playa. Ya estoy olvidando la sensación que me quemaba por dentro hace unos minutos. *Hazlo, simplemente hazlo ya, perra*. Está cantando otra vez, «California», la parte sobre besar a un cerdo, un policía de Sunset, y de llegar a casa. Uno mi voz a la suya.

Las canciones de Joni Mitchell le iban a Marlena. Se sentía cómoda con los registros más altos, alcanzaba rápido cada nota y podía imitar a la perfección la fuerza vibrante de Joni, la forma en que transformaba las sílabas en un doblar de poderosas campanas. Esa es la última vez que recuerdo haber oído a Marlena cantar «California», aunque no pudo ser así. Era una de sus favoritas, y eso pasó cuatro

meses antes de que muriera, cuando menos. En términos técnicos, se ahogó. Aunque no de la manera en que temí que sucediera ese día, en la camioneta de Ryder, después de estrellarnos contra una valla de contención. No hubo una gran explosión de agua. Nada de gritos provenientes de la playa ni un socorrista a todo correr. Eso le hubiera gustado más.

Marlena se asfixió en menos de quince centímetros de agua de río en congelamiento, en el bosque a las afueras del centro de Kewaunee, un sitio en el que no tenía razón alguna para estar en ese anochecer de noviembre. Traía puesto uno de mis viejos abrigos y unos Keds estropeados que la policía analizaría hasta el cansancio. El bolso de lona que llevaba estaba lleno de monedas que deben haber chocado, mientras caminaba, contra el frasco de pastillas y su teléfono de prepago. Su cabeza golpeó una roca del río de manera directa y brutal y, se supuso, su cuerpo se deslizó justo así, sin conocimiento, hasta que su boca y nariz se sumergieron en el agua.

Algunos de los detalles son hechos, pero muy pocos: el sitio donde la encontraron, lo que traía puesto y lo que llevaba consigo. Según Jimmy, mi hermano mayor, la última vez que se le vio con vida fue a las 5:12 p. m. Su recuerdo de esos tres números parpadeando en el reloj del coche es nítido. Aunque, según me dijo después, frustrado y ebrio, podría estar recordando la hora que marcaba el reloj justo después de que ella se subiera al auto. Es posible, dijo, que a las 5:12 p. m. él saliera de la casa, antes de recogerla. Comprendo por qué le molestaba tanto no tener clara la hora de los acontecimientos. Ninguno de los dos cree que lo que le sucedió fue un mero accidente.

Poco después de la una de la tarde, casi veinte años después de ese día en la camioneta, recibí la llamada telefónica de un fantasma. Caminaba por un corredor de rascacie-

los anónimos sobre la Quinta Avenida, atestada de hombres con largos abrigos de lana que se crisparon de manera colectiva cuando me detuve a sacar el teléfono de mi bolsillo. Tenía resaca, un nudo sordo entre ambos ojos, y el pulso me aleteaba. Cuando vi el código de área, 231, pulsé IGNORAR. Me recargué contra la ventana de un merendero, con el pecho tenso. Ya no tenía nada que ver con nadie del norte de Michigan: Mamá vivía en Ann Arbor con Roger, a quien yo seguía considerando su nuevo marido incluso después de diez años; Jimmy estaba en la Península Superior, donde trabajaba para una empresa que construía casas vacacionales a precios excesivos.

Quienquiera que hubiera llamado, dejó un mensaje de voz.

Hola, decía la voz, un hombre, con un dejo nasal en las vocales que me recordaba a casa. Lo siento, dijo, y volvió a repetirlo. Esto es extraño. ¿Es este el teléfono de la Cat, la Catherine, de Silver Lake? Habla Sal.

Vi a Sal, el niño, con el cable de la línea terrestre enredado en sus dedos, que hablaba, como por arte de magia, con la voz de un hombre adulto. Casi me hizo reír. Sal Joyner. Estoy en Nueva York. Se detuvo un momento y dijo, enunciando claramente, La Gran Manzana, como si quisiera probarle a quien estuviera escuchando que iba en serio, que era algo tan increíble como real. Probablemente ni me recuerdes, dijo, y entonces realmente me reí, o por lo menos sonó a risa, un inhalar repentino que se levantaba al final, un sonido no desdichado. Espero que no haya problema porque hablé. Me pregunto si tienes una hora o lo que sea, para vernos. Para hablar acerca de mi hermana.

Y por supuesto, todo regresó de golpe, los bordes más nítidos y claros que la ciudad que me rodeaba, la ciudad que había parecido volverse borrosa y desaparecer tan pronto como Sal pronunció su nombre. Aunque ya estaba allí desde antes, ¿o no? Un periodo de mi vida tan breve que había terminado casi tan pronto como empezó, y sin

embargo todavía hay algo que quiero saber, una pregunta que hace *tictac* en las profundidades, una mina terrestre activa.

231. Por un segundo pensé que era ella.

MICHIGAN

La primera vez que vi a Marlena Joyner, Jimmy y yo estábamos descargando un camión de mudanzas alquilado. Lo habíamos conducido cinco horas, desde la vieja casa cerca del pulgar de Michigan hasta la punta del dedo anular del estado. Era a principios de diciembre y caía aguanieve. Marlena se abrió camino por su patio delantero, zigzagueando entre cajas de embalaje húmedas y volteadas, toneles metálicos, motores inservibles y cacharros diversos, hasta que estuvo junto a mí, mirando las cajas que se encontraban en el camión. Traía puesta una camiseta blanca de algodón con el cuello cortado y un par de botas de nieve decoradas con el Hombre Araña. En mi memoria, los detalles de Marlena son tan enormes y claros que casi no pueden ser ciertos. Sus brazos estaban cubiertos con aguanieve y tenía la piel de gallina por el frío; su cabello emanó un aroma a madera quemada cuando sacudió la cabeza para quitárselo de la cara, como solía hacer a menudo antes de hablar.

—Ustedes son los nuevos.

—Así parece —dijo Jimmy. Cargó la mecedora de Mamá sobre sus hombros y desapareció al interior de la cochera sin mirar atrás, y es como supe que él pensaba que era bella.

Aunque fue un encuentro poco memorable, el inicio de una historia conocida, en los meses venideros repasaríamos los detalles una y otra vez hasta que adquirieron un brillo mítico. Marlena vivía a menos de veinte pasos de distancia,

en un granero renovado cubierto de diversas capas de pintura color lila que se sentía pegajosa al tacto. La edificación parecía hundirse en el piso. Su situación de vida me perturbaba entonces, pero en realidad no era tan distinta de la nuestra. Habíamos comprado una construcción modular estilo rancho en un desaliñado terreno de dos mil metros cuadrados en Silver Lake. Era una casa prefabricada de tres recámaras, todavía nueva; el tipo de construcción que se armaba en un lote y que entregaba un camión. Me recordaba a una de las casitas del juego de Monopoly. Mamá decía que le atraía su eficiente falta de escaleras y el enorme patio trasero. No decía lo que Jimmy y yo sabíamos de sobra: que una construcción modular estaba apenas a un paso de ser una casa rodante, y que sin Papá éramos absolutamente pobres.

Marlena se recogió el cabello del cuello y lo enroscó en una húmeda soga. Kilos de cabello hasta la cintura, de una palidez extraterrestre, con un fleco que cruzaba su frente en ángulo; un estilo con el que yo había experimentado al final de la secundaria con resultados desastrosos. Era alarmantemente bonita —un rostro pícaro y felino, todo pómulos y parpadeos—, y, si soy franca, esa fue la primera razón por la que quise ser su amiga. A los quince años, yo era gorda y flaca a un mismo tiempo. Mis orejas sobresalían a cada lado de mi cabeza. Aun así, creía que en cualquier momento podría convertirme en una belleza, y me enloquecían las chicas que ya lo eran.

—Soy Marlena —dijo.

—Cat —respondí. Para mi familia yo era Catherine o Cathy, pero había decidido que aquí ya no podía seguir siendo esa chica.

—Bueno, no parece que tengamos opción. —Sonrió mirándome con sus ojos azules y gigantescos. No pude decidir si estaba siendo agradable o qué.

Siempre que escucho la palabra *peligro*, nos veo a Marlena y a mí mirando al interior del camión de mudanzas en la